

# SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

## textos y documentos

Número 358

Barcelona, 25 de Enero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

...y esa  
monstruosa  
alianza de la

traición de dentro y  
las ambiciones de fue-  
ra, sigue estrellándose  
contra la muralla for-  
mada por los españo-  
les que saben vincular  
su ciudadanía en el  
amor a la patria.

## Nota del Ministerio de Defensa Nacional

En respuesta a dos vibrantes despachos que el General Pozas y el Comisario Castillo enviaron al Ministro de Defensa Nacional, éste les ha dirigido el siguiente telegrama:

«Al General en Jefe y al Comisario del Ejército del Este:

Los telegramas que me han enviado ustedes como protesta de ese Ejército contra los continuos bombardeos aéreos sobre nuestras poblaciones civiles, revelan que el enemigo se equivoca fundamentalmente en su creencia de que tal acción terrorífica constituye un factor desmoralizador, pues, por el contrario, fortalece el espíritu de la retaguardia y aviva los afanes de lucha de nuestras tropas.

Tan alevosa conducta forma un eslabón más en la cadena de errores cometidos por los rebeldes desde la fecha inicial de la sublevación. Creyeron en los efectos fulminantes de ésta y, al cabo de un año y medio, se encuentran imposibilitados de domeñar al pueblo, que, puesto en armas, le opone una heroica resistencia. Aspiraron luego a remediar el fracaso de su impotencia mediante descaradísimos y pródigos auxilios de dos países tiránicos, a los que, incluso, ofendieron nuestra independencia nacional, y esa monstruosa alianza de la traición de dentro y las ambiciones de fuera, sigue estrellándose contra la muralla formada por los españoles que saben vincular su ciudadanía en el amor a la patria.

La maza del enemigo es el terror, por el que se impone en la zona donde ejerce circunstancial dominio, asentado en miles y miles de asesinatos, y

por el que pretende también resquebrajar nuestro ánimo de pelea. Influido por gentes extranjeras, para las cuales la ley suprema de la barbarie deroga todas las leyes divinas y humanas, el enemigo quiere cobrarse de la derrota con la venganza. A ello equivalen los constantes bombardeos después de nuestra victoria en Teruel. Nada más antiespañol, porque nada hay más opuesto a la hidalguía que secularmente nos caracterizó ante el mundo.

Pero no importa. Procuremos evitar que la generosidad se nos extinga por cansancio, al no verse correspondida. Hagamos el esfuerzo necesario para mantener de nuestra parte las virtudes de la raza. El destino nos ha atribuido tan altísima misión y no podemos declinarla. Salvemos la dignidad de España, legando ésta, con sus viejos títulos de honor, a la generación que nos suceda, a la cual incumbirá la vasta y difícil empresa de reconstruir el país sobre las ruinas a que lo van reduciendo quienes, si no están ya arrepentidos del crimen monstruoso de su rebelión, será porque dentro de su alma, en tinieblas, no se enciende la llama del patriotismo y porque se les ha acorchado las fibras sensibles que alzan al hombre sobre el nivel de la bestia. La Historia dirá quiénes en esta terrible y asoladora contienda defendían la verdad, los intereses materiales y espirituales de España, y quiénes, sin otra exigencia posible que la de la locura, atentaron de modo criminal contra ellos.

Muy cariñosamente saluda, a través de ustedes, a ese Ejército, Indalecio Prieto.»

## Otras notas del Ministerio de Defensa Nacional

Esta mañana, a las 7,37, cinco buques de guerra, entre los cuales figuraban dos destructores italianos que, con nombre español, han sido recientemente incorporados a la Marina facciosa, abrieron fuego de cañón, desde una distancia de cinco millas, contra Valencia, haciendo cuarenta disparos, que ocasionaron pequeños daños por la gran imprecisión del tiro.

La aviación facciosa se dedicó hoy a batir las rutas y centros de comunicación comprendidos entre Barcelona y el Pirineo, por donde debía transitar la delegación de la minoría parlamentaria del Partido Laborista inglés, que, ya de regreso a su país, tenía decidido realizar el viaje en automóvil hasta una estación fronteriza, donde había de coger el tren para París. Por fortuna, un retraso considerable en la hora señalada para la partida, libró a nuestros huéspedes de los riesgos de furiosísimos bombardeos.

Sobre Figueras se realizaron dos agresiones: la primera, a las 12,20, y la segunda, a las 13,45, interviniendo en cada una de ellas seis aviones. Las bombas lanzadas fueron 45, cifrándose las víctimas en 14 muertos y medio

centenar de heridos. Quedaron destruidas quince casas.

A las 14,35 fué bombardeado Puigcerdá. De entre las ruinas de varios edificios derrumbados, se han extraído 21 muertos y 17 heridos. Los trabajos e desescombro no están terminados, creyéndose que aun se encontrarán más cadáveres.

Esta agresión la realizaron 14 aviones que, después de pasar sobre Seo de Urgel, llegaron a Puigcerdá a través de territorio francés, sobre el cual volaron desde la Tour de Carol hasta Bourg-Madame. Diez de las bombas por ellos lanzadas cayeron más allá de la frontera, causando desperfectos, aunque no víctimas, en casas enclavadas en territorio de Francia.

El vecindario francés de los pueblos limítrofes mostróse muy solícito con los habitantes de Puigcerdá, acogiendo en sus casas a mujeres y niños y socorriendo a los heridos. Los médicos de la Tour de Carol se trasladaron a Puigcerdá para auxiliar a sus colegas españoles, escasos en número, y la farmacia de Bourg-Madame facilitó material sanitario. Parte de los heridos han sido hospitalizados en el Sanatorio francés de Font Ro-

meu y en varias clínicas de Perpignan.

Por encargo del Ministro de Defensa Nacional, el Cónsul de España en Perpignan ha expresado al Prefecto su gratitud por tan humanitaria conducta, y mañana cumplirá, dicho Cónsul, el mismo encargo cerca de las autoridades locales de la Tour de Carol y Bourg-Madame.

### Aparecen rotos en Alemania unos carteles de propaganda "nazi"

En la ciudad de Hindenburg, unos «desconocidos» han destruido los carteles de propaganda para la llamada «ayuda de invierno». La policía envió varias patrullas nocturnas para que trataran de detener a los autores; pero no pudo lograrlo.

Cada nuevo cartel, a poco de ser pegado aparecía ya hecho trizas.

En el lugar que ocupaban los carteles se leía, escrito con yeso, lo siguiente: «Nada de ayuda de invierno para los bonzos; lo que queremos es mantequilla, tocino y más sueldo».

(«Pariser Tageszeitung», 16-I-1938.)

## Por qué asistieron los diputados laboristas al entierro de sus compatriotas

El jefe de la Delegación de parlamentarios laboristas que asistió al entierro de las víctimas del «Thorpeness», hizo la siguiente declaración en nombre de sus compañeros:

«Encontrándonos ayer en Castellón, nos enteramos de este doloroso suceso y hemos venido para asistir al entierro de nuestros compatriotas. Vemos con horror la continuidad de estos bombardeos criminales y el asesinato colectivo de los no combatientes. Nuestro dolor es el de ustedes y hemos querido expresarlo con ocasión de rendir este último tributo a los tripulantes del «Thorpeness». Tal condolencia no la expresamos sólo en nuestro nombre. La hacemos a ustedes presente en representación de todo el pueblo democrático de la Gran Bretaña.

«Con esta expresión de sentimiento—dijo por último Mr. Dobbie—hacemos público el que nos han producido las muertes originadas en Valencia, Barcelona y otras ciudades abiertas con ocasión de los últimos bombardeos. Al llegar a Inglaterra, cumpliremos nuestro deber de laboristas.»

(«La Vanguardia», Barcelona, 23-I-38.)

## Lo que vi en España

I  
El conocido periodista inglés Hannem Swaffer ha visitado la España leal. Al regresar a Londres ha comenzado a publicar sus impresiones en el «Daily Herald». He aquí su primer artículo:

¿Por qué ocultan los periódicos favorables a Franco, al pueblo inglés, la verdad sobre la guerra civil española?

Este país ha sido inducido a creer que un populacho desorganizado se enfrentaba desesperadamente con el ejército de Franco, que estaba próximo a la victoria, que no existía seguridad en las calles de Barcelona y que el Gobierno español estaba debilitado por luchas intestinas.

Anoche volví de Madrid con la convicción de que la verdad es todo lo contrario.

La España leal no puede ser vencida, a menos que las fuerzas rebeldes reciban mucha más ayuda de Alemania e Italia.

El pueblo está inflamado de ferviente patriotismo. Esto lo he comprobado no sólo en mis entrevistas con los gobernadores de todas las provincias que visité y con otras muchas autoridades, sino al ponerme en contacto con centenares de soldados y de trabajadores de todas clases.

Acompañé a nueve diputados laboristas, todos los cuales compartieron mi entusiasmo, que aumentaba a medida que nos acercábamos al frente de batalla.

Nada se nos ocultó. Las preguntas más hábiles fueron contestadas con la mayor franqueza.

Fué el momento más emocionante de mi vida.

El nuevo Ejército Popular, organizado en unos meses con los supervivientes de aquellos heroicos voluntarios que salvaron España en los primeros días de la rebelión, está poseído del mismo fervor que hizo famosas a las invictas tropas de Cromwell. No quiere oír hablar de derrotas. Si los rebeldes hubiesen ganado, Teruel,

a pesar de la intensidad de su drama, no hubiese sido sino un incidente más de una dilatada campaña.

Franco estaba tan seguro de lograr una «gran victoria», que invitó a cuatro corresponsales extranjeros a ir al frente para verlo. Tres perecieron, víctimas del optimismo faccioso.

El nuevo Ejército de España es un milagro de improvisación. Si tuviera las armas que se le han negado, a pesar del Derecho internacional, hace muchas semanas que hubiera derrotado a Franco y a sus aliados alemanes e italianos.

«¿Cuándo habrá elecciones en Inglaterra?» se nos preguntaba en todas partes. «¿Qué probabilidades hay de que su gran país nos conceda nuestros derechos?»

Los obreros llevaban carteles en los que se nos pedían cosas por este estilo, cuando, en Madrid, nos asomamos al balcón de la Presidencia. Millares de ellos saludaron a gritos al Partido Laborista inglés, al agolparse contra la verja.

Cuando estábamos en el Teatro Nacional ante un numeroso auditorio, por encima de las aclamaciones, una voz preguntó: «¿Cuándo vais a enviarnos cañones?» En las trincheras, los oficiales nos hacían la misma pregunta.

Por todas partes oímos las mismas palabras. Algunos ministros las pronunciaron, e igualmente los obreros de las fábricas.

Nos sentíamos avergonzados de la Gran Bretaña, que en un tiempo fué eje del mundo.

Aunque mal provisto de fusiles, el nuevo Ejército se mantiene firme, un Ejército Popular, un Ejército democrático que cree en la equidad social, en la justicia y en la libertad.

Entretanto, se forman nuevos oficiales, las fábricas de municiones trabajan día y noche, y la población entera tiene confianza en la victoria final.

Madrid, hasta bajo el fuego de los

(Continúa en la página siguiente)



cañones, sigue su vida, va al teatro, llena los cines, se divierte.

Las calles de Valencia estaban llenas de gente, cuando estuve allí el martes pasado, a pesar de que en aquel momento la aviación rebelde cruzaba el cielo de la ciudad.

El aspecto de Barcelona era de absoluta normalidad.

Las academias militares demuestran ser tan eficaces como las de Sandhurst o Woolwich. Poseen, sin

embargo, lo que no tienen estas instituciones: un ideal.

Hasta en la línea de fuego hay escuelas. Ocho mil maestros enseñan a los soldados, en los momentos de tranquilidad, las primeras letras y nociones de aritmética.

«La guerra contra la ignorancia es la guerra contra el fascismo» es la consigna colocada en los cuarteles: La Nueva España está creándose en el campo de batalla.»

## “Papá Miaja” rió hasta saltársele las lágrimas

II

No me extraña que el general Miaja riera. Y rió a carcajadas, hasta saltársele las lágrimas.

Miaja es el baluarte en que descansa la seguridad de la vieja capital española. Le llaman «Papá Miaja».

Lo parece; pues, aunque es un antiguo militar, veterano del Ejército español que en tiempos dominó España, uno de los pocos oficiales que permanecieron leales a la República, es querido por la población entera. Tiene cara de viejo fraile bondadoso, uno de esos que en las películas mandan buscar al jefe de cocina y beben a su salud.

### TIENE UN CORAZON DE ORO

Si para el enemigo es un león, tiene para el pueblo un corazón de oro.

Me di cuenta, cuando estaba sentado junto a él, de cómo el antiguo orden había desaparecido. Cuando comenzaron los discursos y los himnos, los soldados entraron en la habitación a escucharlos, sin pedir permiso, y los cocineros atisaban desde la puerta sin mayor cumplido.

En el nuevo Ejército, aunque hay disciplina, existe una camaradería notable. Los oficiales y los soldados fraternizan. Una vez hecho el saludo, hablan con entera libertad.

¿Sabéis por qué rió el general Miaja? Llamado a pronunciar un discurso, dije que, al asomarme al balcón, un domingo por la mañana, hace más de un año, leí en un cartel «La caída de Madrid», y salí a comprar un periódico, en el que hallé la descripción de la entrada del general Franco en la capital, a caballo.

El general rió a carcajadas. Y, con él, todos los reunidos. Fué la cosa de más gracia que habían oído nunca.

Cuando un poco después, encontré al director del diario—dijeles—, le pregunté por qué había publicado aquella historia.

«Es seguro que Franco entrará en Madrid dentro de unas horas—contestó—, y he querido ser el primero en publicar la noticia.»

### CON VEINTE AÑOS DE ANTICIPACION

«Aunque el director hubiera guardado esa información durante veinte años—dije—, aun hubiera sido el primero en publicarla.»

Las risas se convirtieron en carcajadas frenéticas.

«¿Son los ingleses tan tontos que se creen esas cosas de Franco?»—dijo el general—. No han visto a mis soldados.»

Tiene unos 250.000 bajo su mando. Todos son sus «muchachos».

A mi otro lado tenía al capitán Estrugo, que ha pasado varios años en los Estados Unidos. Me dijo que cuando Madrid fué primeramente atacado, reunió a 252 hombres, todos civiles, y les dió fusiles, aunque para toda la defensa de Madrid sólo había veinte cajas de cartuchos. Añadió:

«Salí con esos 252 hombres, ninguno de los cuales estaba acostumbrado a la guerra, ni había recibido

instrucción militar. Al cabo de unas horas, sólo me quedaban sesenta y dos, que ya habían agotado las municiones. ¡Pararon al enemigo con el pecho!»

Como este relato oí muchos. Madrid se mantenía aún firme. Franco no entraba en la capital.

Los fascistas que vivían en la ciudad, disparaban contra el pueblo, desde los balcones, sin preocuparse de si morirían mujeres, niños o ancianos. Pero Franco no entró. Y a menos que Alemania e Italia le envíen muchos cañones más, nunca entrará.

### BOMBAS EN LA BODA REAL

Dije algo más que hizo reír a Miaja. Referí que la última vez que estuve en Madrid, hace unos treinta años, cuando la boda de Alfonso XIII, vi cómo la multitud vitoreaba a una monarquía carcomida y se extasiaba contemplando a una aristocracia decadente que la dominaba, y cómo, no lejos de la esquina de la calle Mayor, donde yo me hallaba, cayó una bomba. Fué una advertencia, un presagio.

«Esta mañana—proseguí—, al cabo de treinta años, fui al Palacio Real y entré en el Salón del Trono, cuyos balcones, repletos de sacos terrores, ¡lo protegían contra los cañones de los monárquicos! No hay trono ahora; pero quedan los cuatro leones de oro, que no tienen nada que guardar, y aun hay alfombras rojas en el estrado.

«De pie, sobre ese estrado, hice el saludo republicano: «¡Salud!», y grité tres veces: «¡Viva la República!»

Una vez más rió el general. Formó parte de la España vieja, y ahora es alma viviente de la nueva.

«¿No le gusta a usted la magnífica banda de música?»—dijo, señalando a una pequeña orquesta que estaba a la puerta—. «Ha venido desde las trincheras para tocar en honor de ustedes. Todos los músicos pertenecen a la Orquesta Filarmonica. ¿No son maravillosos?»

Tocaron música asturiana, y los ojos del general se llenaron de recuerdos.

«Yo era asturiano—dijo—. Por eso interpretan esas canciones. Pero ahora ya no soy asturiano. Franco borró mi nombre del Registro civil. Como si eso tuviese alguna importancia. Ahora soy ciudadano de Madrid.»

### LUCHARON POR NOSOTROS

Fuera, un español empezó a cantar «Id's a long way to Tipperary». Como era el único verso que conocía, no pudo continuar. Era uno de los 30.000 españoles que se unieron al Ejército francés para luchar por los aliados. La monarquía era germanófila. Y también el Ejército y la Iglesia. Pero el pueblo era partidario de los aliados. ¿Por qué no puede ser hoy la Gran Bretaña hispanófila?

Cuando llegamos a la oficina del general, vimos un gran mapa de Madrid. A través de él había una gruesa línea azul que cortaba a la capital en dos mitades.

# Bombardeo nocturno

Noche fría y alta; a la luz de las estrellas, la ciudad, casi inmóvil, se hace transparente, penetrable. Un auto que atraviesa una plaza se multiplica en seguida en miles de autos, tantos como los oídos, alertas y febriles, que escuchan el más leve rumor, *atisbando*, en angustiosa espera, todos los ruidos aun imperceptibles que estremecen la sensibilidad y el sistema nervioso, siempre en acecho.

Aparentemente nada más sereno y apacible que la gran ciudad donde la vida cotidiana se ha interrumpido en busca de una tregua sedante, bien ganada, tras las preocupaciones y el trabajo diurnos. Cada uno descansa a su modo, bien procurando el auténtico reposo del sueño, bien intentando olvidar en una diversión más o menos ficticia—que en estas circunstancias nunca puede ser verdadera—el dolor y la inquietud agotadora del día.

Todo el mundo descansa, pero todo el mundo espera; un temor latente impregnando el silencio, insinuándose hasta en los espíritus más ecuanimes, invade la noche y trueca las horas del reposo en horas de miedo y de duda. ¿Vendrán también hoy? ¿Nos tocará a nosotros llorar después de su venida? La interrogación escueta, amenazadora, va a escaparse de todos los labios; pero un íntimo pudor la tiene allí, ocultando torpemente tras cada sonrisa un deje inevitable de amarga reticencia.

La noche, alta, pura y fría, abre sus estrellas para todos; ilumina con idéntico resplandor todos los campos, todas las ciudades, todos los techos. La noche asciende sobre la tierra, cubriendo con un amplio gesto maternal la frente de todos los hombres, el corazón de todas las mujeres, los sueños de todos los niños.

Pero sabemos que, de pronto, sin que nadie pueda explicarnos el por qué, los ásperos nudillos de la muerte repicarán en la puerta de algunos de esos hombres, mujeres y niños, llamándolos con tal imperio que, sin despertarse siquiera, la seguirán, resignados y silenciosos, por los caminos sin vuelta que conducen al misterio del no vivir.

Hacia tiempo que la oscura amenaza se cernía sobre nuestra España, enlutándola, borrándole su luz y su optimismo irreducible. Cada mañana nos decían: «Han bombardeado otra vez. Ha habido víctimas; mujeres, niños muertos». Escuchábamos sin replicar, mientras un rencor lento, obstinado, acumulaba su hiel en nuestro espíritu, simiente de odio inevitable que será en cada español una sombra para el porvenir.

Decían, oíamos; el peligro se acercaba algunas veces a nosotros, pero tardaba en volver y casi lo podíamos olvidar. Pero ahora, desde hace unos días, oímos y... vemos. Noche tras noche planea sobre nosotros la terrible duda, que suele resolverse en una afirmación sangrienta y dolorosa. La alarma nocturna irrumpe en el sueño de la población civil destruyendo en pocos minutos la tranquilidad de todos—más apreciada cuanto más frágil—y la dicha de muchos que al amanecer habrán perdido para siempre la razón íntima que les ayudaba a luchar y a vivir.

¡Bombardeo en la noche! ¡Manecitas de niños crispadas de miedo y de fiebre! ¡Brazos de madre que querían multiplicarse, abrirse con piedad infinita, cobijar a todos los niños que en ese momento lloran y se agitan porque algo inexplicable se cierne sobre ellos, porque un castigo que

no comprenden ni merecen les aguarda!... ¡Así de encontrar un refugio—que no existe—contra el que nada puedan las bombas por más potentes que sean, un refugio para todos, aunque milagroso que ningún proyectil humano consiguiera destruir!

Al cesar las explosiones o al perderse el eco agudo, estridente, de la última sirena, brota de los rincones más lejanos un silencio nuevo, sonoro, que desgarra otra interrogación: «¿Cuántos serán los...?»

Después, cuando entre el humo de los incendios y el continuo tintinear de las ambulancias aparece el día, todas las interrogaciones de la noche van hallando su respuesta... ¿Cuántos? ¿Dónde? La población se agolpa, desbordante de curiosidad y de ira. Cada ciudadano mide la distancia entre el lugar donde vive y el punto donde cayó la bomba; escucha los comentarios el gentío que le rodea, y luego, alejándose sin prisa, se pregunta: «¿Por qué aquí y no allí? Quizá la próxima vez...»

Ignoramos los nombres de esos pilotos que atraviesan cada noche nuestro cielo—que antes también fué suyo—con el solo propósito de matar y destruir. Sabemos que son hombres como esos que a estas horas gimen maldiciéndolos; hombres como mujeres, probablemente con hijos... Si la dirección de sus aparatos y el empeño que les ciega les permitiese un solo instante dirigir la vista hacia arriba, mirar ese cielo tan limpio y tan lleno de estrellas, esa noche en que sus hijos y los de todos los hombres duermen con la misma inconsciencia ajenos a las luchas que enconan al mundo; si pudieran detener la marcha de sus motores para soñar y meditar, estamos seguros que retrocederían, desandando el camino, sin lanzar sus proyectiles sobre unos seres indefensos a los que la guerra no tiene por qué destruir en sus propios hogares.

Pero hay otra especie de hombres, cuya actitud se comprende aún menos. La de los espectadores que, puestos a buen recaudo, contemplan sin inmutarse la reiteración cotidiana de estos crímenes; la de los que pudiendo evitarlos se encogen de hombros y dicen: «el pueblo español es un pueblo imposible», quedándose luego tan satisfechos, como si esta frase lo resolviese todo repetidamente. Si se concibe mal el estado de ánimo del que mata y hiere a sangre fría, se concibe menos aún el de los que dejan herir y matar sin hacer nada por impedirlo; el de los que leen en la prensa a la hora del desayuno: «anoche los aviones facciosos bombardearon la población civil de Barcelona», y continúan untando de mantequilla su tostada, como si Barcelona fuera una provincia de la luna, y como si el peligro que amenaza hoy a los niños españoles no amenazara también y en un porvenir muy próximo a todos los niños europeos... Noche de estrellas innumeras y temores solapados; la población civil duerme con un sueño de superficie, fácil blanco para todas las conmociones. Los que no duermen y espían el aire, ruido a ruido, se preguntan tácita y angustiadamente: «¿Qué hace falta todavía para que el mundo *vea y hable*? ¿Cuántas mujeres cuántos niños tienen que morir aún para que esas muertes empiecen por fin a contar?»

E. de CH.  
(Escrito expresamente para el «Servicio Español de Información».)

«Esa era la línea a que nos habríamos retirado si Franco hubiese avanzado»—dijo—. «Y la hubiéramos mantenido, aunque las defensas exteriores hubiesen caído. Habríamos defendido el terreno palmo a palmo, de barricada a barricada.»

Muros de piedra cortan aún las calles de Madrid por todas partes. Teruel había caído la noche anterior. Por primera vez habían sido derrotadas las tropas de Franco (a pesar de estar compuestas de alemanes e italianos) por el nuevo Ejército, el Ejército de los trabajadores, sin ayuda de la Brigada Internacional, por su propio esfuerzo.

«Unos cuantos Teruel—dijo el capitán Estrugo—, y la «no intervención» puede irse al diablo. Sus funcionarios pueden seguir cobrando sus buenos sueldos por no hacer nada.

«Sabemos por lo que luchamos. Luchamos por la libertad.

«El ejército de Franco lucha por la esclavitud.

«Todo nuestro Ejército sabe por qué lucha. Ha visto nacer a la nueva España. Ha sido educado por primera vez. Ha visto las ideas viejas muertas.»

### «SOMOS UN PUEBLO NUEVO»

«Yo era un hombre de negocios, que odiaba el ejercicio. Ahora, después de año y medio en el Ejército, soy otro hombre. ¿No saben lo que han hecho de nosotros? Somos un pueblo nuevo.»

### VENGANZA SOBRE LAS MUJERES

Anthony Eden hizo en el mismo barco que nosotros la travesía de Dover a Calais. Iba a la Riviera, a pasar unos días al sol. En Madrid estaba helando. Por la noche, había bombardeo. En todas las calles se corría peligro.

«¡Qué tontos son los ejércitos de Franco!»—dijo el capitán Castelló, joven ingeniero agrónomo, educado

en South Kensington, y brillante miembro del nuevo orden—«Cuando el histórico reloj del Ministerio de la Gobernación dió la doce, anunciando la entrada del Año Nuevo, cada campanada fué seguida de un disparo de un cañón de Franco en las afueras de Madrid. Eso no es la guerra: eso es una payasada, una tontería.

«Y anoche—dijo el capitán Estrugo—se vengaron por lo de Teruel. Bombardearon Barcelona. Dispararon desde el aire contra las mujeres y los niños. ¡Como los habíamos vencido en el campo de batalla, bombardearon a los niños!»

Así, con desprecio para los que querían ser sus opresores, Madrid sigue su vida.

Aquella noche, después de acostarnos, oímos los cañonazos otra vez. Franco, incapaz de entrar en Madrid, disparaba contra sus habitantes, mientras dormían...

HANNEN SWAFFER.  
(«Daily Herald».—18-1-1938.)



## LA SITUACION MILITAR

## Las razones de nuestro optimismo

La guerra española — civil y nacional, pero más nacional que civil —, está siendo comentadísima por los críticos militares extranjeros, desde que el 15 de diciembre atacamos en el Bajo Aragón. Hacía algún tiempo que habíamos pasado a segundo plano en las actualidades periodísticas mundiales. Caído el Norte en poder de italianos, alemanes y franquistas, en preparación la ofensiva irresistible que iba a terminar la guerra, según las radios de Salamanca y Burgos y las crónicas de los correspondientes acreditados en el Cuartel general rebelde, los comentaristas se volvieron al Extremo Oriente. Los nombres monosilábicos de las ciudades y los ríos chinos, reemplazaron a los nuestros. Una toponimia exótica sustituyó a la hispana. En las redacciones se abandonaron los atlas de Europa por los de Asia. ¿El Ebro? ¿El Guadalquivir? No. El Yang Tsé, el Hoang Ho y, si acaso, el Río de las Perlas...

Mas he aquí que los republicanos, en vez de ser atacados, atacamos; en lugar de vernos sorprendidos, sorprendemos, y no sólo no nos ponen en derrota, sino que ganamos una gran batalla de tres semanas. Y la ganamos táctica y estratégicamente, conquistando un campo atrincherado vastísimo y una ciudad capital de provincia, y haciendo miles de prisioneros, y apoderándonos de muchísimo y utilísimo material de guerra... Y los críticos, desdeñosos, solicitados, quizá, a pesar suyo, por el para ellos inesperado acontecimiento, vuelven a dedicarnos largos artículos, más o menos parciales, o más o menos justicieros.

\*\*\*

Y hemos de fijarnos especialmente en los juicios emitidos por algunos conspicuos escritores militares alemanes. Por ejemplo, el redactor del «Frankfurter Zeitung», que glosa en este diario alemán veterano—hoy nazi, como todos— los sucesos relacionados con su profesión castrense, dijo, a los pocos días de comenzar la batalla de Teruel, que nuestra iniciativa era muy interesante y digna de elogio; pero que, probablemente, acabaría en un fracaso, porque es muy difícil hacer a un Ejército pasar, rápidamente, de una prolongada defensiva a una ofensiva eficaz. Ya se habrá convencido, dicho profesional de las armas, de que nuestras fuerzas tenían capacidad sobrada para hacerlo con éxito. Es verdad, desde luego, que unos soldados, unos oficiales y unos jefes que se habían a la resistencia pasiva, detrás de posiciones atrincheradas, pierden sus cualidades esenciales maniobreras, como son la agilidad, la flexibilidad, la solidez, ante una pugna en campo abierto y bajo un bombardeo desmoralizador de la artillería y la aviación, y, sobre todo, el ímpetu y la tenacidad necesarios para las expugnaciones violentas de las líneas enemigas.

Cuando los franceses, a principios del siglo actual, abandonando el ideario militar defensivo a que se debieran los trabajos de Seré de Rivières y otros técnicos, y la creación de la famosa Barrera del Este, de Belfort a Verdún, adoptaron con entusiasmo la teoría de la ofensiva, uno de los argumentos básicos del coronel

Grandmaison, del general Foch y de todos los «brevetés» que luego rodearon a Joffre, a Nivelles y a Petain, fué el que ha esgrimido ahora, aplicándolo a nuestra lucha, el citado crítico del «Frankfurter Zeitung».

Pero la guerra moderna es demasiado complicada para quererla encerrar en unos libros de Academia. Habrá que hacerla siempre con sujeción a unas reglas inmutables y eternas, porque son obra del sentido común. Y esas reglas están en Pirro, y en Alejandro y en Escipión y en Aníbal y en César y en el Gran Capitán y en el marqués de Santa Cruz y en Alejandro Farnesio y en Montecuculli y en Federico de Prusia y en Turena y en Jomini y en Napoleón y en Moltke y en Ludendorff... y en los vencedores de este último. Pero también el sentido común cambia, porque se modifican sus bases fundamentales. Por ejemplo, la guerra europea sorprendió a los Estados Mayores con el hecho nuevo — nuevo hasta cierto punto, ya que había surgido parcialmente en la guerra ruso-japonesa — de los frentes lineales de centenares de kilómetros. Y esos Estados Mayores tuvieron, mal de su grado, que acomodar la vieja táctica y la antigua estrategia a las exigencias de la novísima forma de combatir que implicaban la necesidad y el azar, unidos y cómplices. Y se vió, sin embargo, que ejércitos soterrados durante años enteros, salían de sus trincheras cuando lo ordenaban los generales, y eran capaces de asaltar y tomar las del adversario, y aun de imponerle, explotando ventajas iniciales, la guerra de movimiento...

¿Por qué razón el Ejército republicano español iba a ser incapaz, llegado el momento, de transformar su defensiva estática en ofensiva dinámica? Brunete y Belchite habían sido alentadores ensayos, Teruel fué un estreno feliz. Otras empresas acreditarán y consolidarán su naciente fama.

Otro crítico militar alemán, el coronel von Paenecke, en un artículo del recién publicado «Anuario de la Reichswehr para 1938», ha planteado un tema muy interesante, relativo también a la guerra española. Ha dicho, en sustancia, que las tropas italianas y la «macedonia» de razas y colores que forma la infantería franquista, se han acostumbrado a que la aviación lo dé todo hecho, y que los triunfos de las unas y la otra en el Norte de España, no son gloriosos, porque fueron las fuerzas aéreas las que vencieron a las milicias de la República. Y ha añadido que los aviadores alemanes se quejan amargamente de que se les confíe todo el trabajo ofensivo, y de que las otras armas se limiten a ocupar las posiciones del adversario cuando éste las haya abandonado ante los bombardeos y ametrallamientos de los aeroplanos.

¿Qué habrán pensado en Italia de semejantes censuras? Von Paenecke, con una brutalidad completamente prusiana, ha negado todo mérito a las operaciones nórdicas de las facciosas y sus auxiliares. Y ha aconsejado que se cambie de sistema. Y ha recordado el aforismo bélico de que «la artillería prepara el asalto y

la infantería avanza y ocupa...»

En la batalla de Teruel, cuando Franco lanzó sobre nuestras líneas exteriores de la plaza varias enormes columnas, apoyadas por muchas baterías y una nutridísima aviación, nuestra infantería tuvo que resistir impávida, sin más protección que frágiles trincheras abiertas sobre nieve, bombardeos terroríficos terrestres y aéreos. Y los soportó sin flaquear, pegándose al suelo, esperando que la infantería contraria avanzase, para aniquilarla con sus ametralladoras, sus fusiles y sus granadas de mano.

¿Será seguido por Franco y los italianos el consejo de von Paenecke? Pronto habremos de verlo...

\*\*\*

Otro crítico—éste, francés —, el general Armengaud, en un artículo, muy amable para los republicanos españoles, de «La Dépêche» de Toulouse, ha manifestado que si Franco no recibe grandes refuerzos de Italia y Alemania, no podrá aspirar a decidir la guerra en provecho suyo. Coincide su opinión de neutro imparcial y observador calificado con la del general italiano que envió recientemente a Mus-

solini un informe acerca de los asuntos de España. En ese informe le decía que era indispensable mandar a Franco cien mil soldados de línea más y el material correspondiente. ¡Cien mil soldados! ¿Puede Italia hacer en estas circunstancias sacrificio de tal magnitud?

\*\*\*

Desde luego, Italia sigue socorriendo a Franco espléndidamente. No cesan de desembarcar en Melilla y Ceuta africanos de Libia y Eritrea, que, una vez instruidos y encuadrados, pasan a la Península. Se les ve mucho en Málaga, Granada, Sevilla, Motril y Córdoba. Cuando escribimos estos comentarios (18 de enero) las radios alemanas anunciaban que el sangriento payaso de Queipo ha ido a Málaga y Motril para preparar una ofensiva sobre Almería, en combinación con la escuadra facciosa del almirante Moreno. «La Dépêche» de Toulouse señala la llegada a Palma de veinte trimotores italianos de gran bombardeo. Al mismo tiempo, como obediendo a una consigna, las radios facciosas aludían a un nuevo empujón a fondo sobre Te-

ruel, de mucha importancia. Esas alusiones fueron seguidas, en la mañana del 17, de una ofensiva de mucho aparato, en los altos de Celadas, acompañada de vano alarde de aviación y artillería. Cuando aparezca este artículo se habrá visto claro en las intenciones del enemigo. ¿Trátase de un ataque de fijación, de una diversión estratégica, prólogo de operaciones en otros sectores? ¿O de un asalto sistemático, impuesto por motivos de orden moral y político?

\*\*\*

Lo indudable es que la guerra ha entrado, a despecho de la calma de los últimos días, en una fase de extraordinaria actividad. Viben los frentes y las retaguardias. Se acercan horas de gran emoción. Pero nosotros las esperamos con la cabeza serena, los nervios tranquilos y el corazón animoso. Somos optimistas, mas no optimistas por intuición y entusiasmo. Nuestro optimismo se basa en realidades. En realidades que no tuvimos antes...

(«Boletín Decenal. Sección de Información del Ejército de Tierra.»)

## Curas trabucaires, aristócratas degenerados y ganaderos de Gil Robles, han sido los organizadores de todas las ignominias y tragedias ocurridas en la región salmantina

Por haber declarado una huelga solicitando mejoras, poco tiempo antes de la rebelión, fueron asesinados en Salamanca, por la Falange, casi todas las modistas afiliadas al Sindicato de la Aguja

AQUEL DOMINGO DE JULIO EN QUE COMENZO LA TRAGEDIA...

Se ha dicho, y es cierto. En las dehesas charras, en aquellas casonas de los Taberneros, de los Blancos, de los Sánchez, de los Albaidas, de los Coquillas, de los Villarreal y demás traficantes en toros, se fraguó aquel Bloque Agrario Salmantino, ideado por Gil Robles y el notario Cándido Casanueva, que había de convertirse poco después en el nefasto conglomerado de la C. E. D. A.

Allí también se verificaron los primeros cambios de impresiones entre el fatídico ex ministro de la Guerra, los militares traidores y los «señoritos pistoleros» de Falange. Y hasta aquellas dehesas llegaron y endichos lugares fueron ocultados los primeros alijos de armas, pistolas, fusiles y ametralladoras, que desde Portugal se introducían, por gentes expertas del terreno, al servicio del dictador Oliveira Salazar. Todo se preparó cuidadosamente en la tierra charra, bajo la dirección del cacique Marcos Escribano, del marqués de los Altares, de los ganaderos y de los dos jefes ya citados de la C. E. D. A. Por eso, cuando se dió la señal, la traición se consumó sin grandes esfuerzos. De las dehesas de los ganaderos, en camiones ya preparados, se llevaron a Salamanca millares de pistolas, fusiles, bombas de mano y cerca de medio centenar de ametralladoras de todos los calibres, aparte de grandes cantidades de municiones...

Los uniformes, los gorros para los falangistas dispuestos a secundar el movimiento, no fueron improvisados. Aquel domingo mismo de julio en que comenzó la tragedia, a las dos horas escasas de haber caído las primeras víctimas en la ciudad, en los comercios de Miguel Iscar y de Paradinas, establecidos en la Plaza del Mercado, comenzó el

reparto de prendas, que, desde hacía meses, se ocultaban ladínamente en los sótanos de los almacenes de aquellos dos significados derechistas...

Ahora, al cabo de los meses, cuando la sangre española ha corrido a torrentes por culpa del fascismo, un hombre, persona destacadísima de la provincia, que ha logrado salir de aquel infierno, internarse en Portugal y burlar a los esbirros de Oliveira, nos cuenta detalles espantosos de las infamias cometidas por los rebeldes.

El evadido, afiliado a Unión Republicana, llegó a Salamanca el domingo, 19 de julio, a las once de la mañana. Al desembocar en la Plaza Mayor, se iniciaba el movimiento, comenzaba el tiroteo. Tuvo que tirarse del automóvil y correr a refugiarse en un portal.

LAS PRIMERAS VICTIMAS.—ENERGICA PROTESTA DE MIGUEL DE UNAMUNO.—MILLARES DE DETENIDOS.—LOS FUSILAMIENTOS DE AQUELLA JORNADA

—Ya no era tiempo de hacerlo—dice el evadido—. Por la calle de Zamora había penetrado en la Plaza una patrulla, compuesta por veinte soldados del regimiento de Calatrava, al mando del capitán Vázquez, muy conocido en Salamanca por sus ideas monárquicas. Leyó éste el bando faccioso, y después, con el consiguiente estupor de los numerosos vecinos que paseaban por allí, comenzó a dar vivas al fascio, en unión de los soldados que le acompañaban. En el acto tuvo adecuada respuesta. Muchachos, hombres y mujeres prorrumpieron en «vivas a la República» y en silbidos y denuestos contra los traidores. Vázquez, sin más advertencias, ordenó hacer fuego contra los grupos, que iniciaron la huida ante lo bru-

tal de la agresión. Muchos cayeron alcanzados por las balas. En la plaza quedaron seis mujeres y once hombres muertos, y numerosísimos heridos de ambos sexos.

La confusión fué espantosa, los gritos de indignación se generalizaron, y mientras el traidor se retiraba con sus fuerzas, siempre disparando, junto al Pasaje, Miguel de Unamuno, exasperado por el terrible cuadro, alzando los puños, decía a unos amigos que se aprestaban a defenderle: —¡Esto no puede ser! Crímenes de este jaez son propios de salvajes o degenerados...

—Así habló Unamuno, condenando la tragedia con que iniciaba el fascismo su tarea en Salamanca—dice el evadido.

Ya no disimularon los facciosos sus propósitos. Desde aquel instante, los falangistas, los «señoritos» de Renovación y todos los afiliados al Bloque Agrario Salmantino y a los Sindicatos Católico-Agrarios, se lanzaron, ayudados por la Guardia civil y la Policía, a practicar detenciones. Por la noche, la Clerecía, las dos cárceles y los cuarteles estaban abarrotados de elementos obreros y políticos de izquierda. Pero no se cerró la jornada primera de la rebeldía sin una nueva ignominia lanzada contra la ciudad por aquellas turbas de asesinos. En su domicilio fué apresado el diputado socialista y profesor de la Normal de Maestros don José Andrés Manso, cuyo martirio y muerte ya se conoce, con horror de las gentes civilizadas. Al mismo tiempo, fueron asesinados también su secretario, Amador Fernández, y todos sus parientes; diez y nueve dirigentes de las sindicales obreras; el presidente de la Diputación, joyero de la calle de García Barrado; el señor Cárdenas, armero de la calle de San Pablo, y casi todos los gestores del organismo pro-

(Continúa en la página siguiente)



vincial, pues uno que se encontraba en su distrito de Ciudad Rodrigo, don Aristóteles G. Riesgo, fué asesinado en aquella villa, en unión del catedrático del Instituto señor Gaité y de un sargento de Carabineros retirado, su esposa y un hijo, maestro, que estaba impedido.

En el cuartel de la Victoria, los militares fascistas fusilaban sin formación de causa a tres oficiales, dos sargentos y diez y nueve soldados, que se habían negado a sublevarse. Así terminó aquel domingo 19 de julio de 1936...

# EL TERROR EN SALAMANCA Y EN LOS PUEBLOS.—MANTANZA DE MODISTAS.—DONDE HUBO LA MAYOR RESISTENCIA.—CIFRAS ESPANTOSAS

—Salamanca vivió desde aquel día en perpetuo sobresalto—continúa relatando el evadido—; pero las actividades fascistas se limitaban a practicar detenciones en la capital y pueblos de la provincia. El día 24 llegaron a Salamanca el general Cabanellas, Pérez Madrigal y Diego Martín Veloz. Al enterarse el general traidor de cómo se realizaba la represión, exclamó:

—¡Nada de tener las cárceles llenas!... Eso es muy caro, y muy cómodo para esa canalla marxista... ¡Al cementerio, al cementerio con ellos!...

Y no tuvo que insistir. Desde la ciudad salieron veinte camiones llenos de falangistas a efectuar la «raz-

zia» en los pueblos. En Salamanca quedaban los suficientes para llevar a cabo las más trágicas felonías... No hubo misericordia para nadie. El asesinato era cosa corriente. Por las noches, en cuerdas interminables, eran sacadas de las prisiones cientos de personas, que caían bajo las pistolas falangistas en las tapias del cementerio, en la carretera de Zamora, en las inmediaciones del pueblo de Santa Marta de Tormes y en las eras de su anejo La Serna... No han quedado en Salamanca dirigentes obreros, ni destacados elementos de los partidos políticos. El que no ha logrado huir, cayó asesinado o murió a palos en las cárceles, como le ocurrió al ex presidente de las Juventudes Socialistas Unificadas, Agustín Froufe Carlos, cuyo paradero denunció un guardia civil al que el detenido había preparado un hijo para ingresar en el Bachillerato. Nada contuvo a los falangistas, mandados por su jefe, Francisco Bravo, hijo de un bedel de la Universidad. En menos de una semana fueron acibilladas a tiros todas las modistas afiliadas al Sindicato de la Aguja, por el delito de haber declarado poco antes de la rebelión una huelga para pedir mejoras.

Si esto ocurría en Salamanca, en la provincia era algo de locura. Sin freno para sus instintos sanguinarios, se lanzaron por pueblos como El Bodón, San Esteban de la Sierra, Villar de Ciervos, Bouzas, San Felices de los Gallegos, Lumbrales, El Sahugo, Martiago, La Encina,

Robleda, Bogajo, Paradinas de San Juan, Aldeadávila de la Ribera, Hinojosa de Duero y otra infinidad de lugares, donde las matanzas han diezmado a los vecindarios.

En Béjar, la resistencia fué terrible, pues había muchos obreros y tenían algunas armas. Fueron exterminados, y allí se dió el caso de aquel chófer que, obligado a conducir a cuarenta falangistas en su camión, precipitó el vehículo por el pretil de un puente al río Cuerpo de Hombre, donde todos quedaron deshechos. Igual resistencia hubo en Ciudad Rodrigo, donde cayeron asesinadas más de 500 personas. El alcalde de Beleña fué muerto a tiros, en la misma carretera, por un capitán de la Guardia civil que iba con una patrulla de guardias y encontraron unos troncos de árbol tendidos sobre la calzada.

En El Rodón, el presidente de la Gestora, Agustín del Pino, fué muerto por los falangistas en la puerta de su casa. Al acudir su mujer, que llevaba un niño de tres años en los brazos, los pistoleros trataron de obligarla a que gritara: «¡Arriba España! y ¡Viva España!» La infeliz mujer exclamó: «Si es la que vosotros ensangrenáis, muera España mil veces, asesinos!» Estos no la dejaron acabar. Allí quedaron los cadáveres de la madre y el hijo, junto al jefe de la familia...

Ha sido una verdadera orgía de crímenes. En Salamanca han caído, sacrificados por el fascismo, más de 4.000 hombres y más de 500 mu-

## Los procedimientos de Franco para conseguir divisas extranjeras

París, 24.—Según el periódico moderado «L'Ordre», Franco busca, por medio de acuerdos comerciales, el dinero que necesita. Las minas de cobre de Riotinto han sido obligadas por Franco a entregar un millón doscientas cincuenta mil libras a cambio de billetes franquistas, que no tienen, en realidad, ningún valor. Franco ha amenazado a los dirigentes de la compañía con no permitir la salida de cobre de España si no entregaban esta cantidad.

En los pueblos de la provincia, los hombres asesinados pasan de 8.000 y de 2.000 las mujeres... La última matanza grande, en que salieron de la cárcel cerca de 300 personas, que cayeron en las cercanías de Santa Marta de Tormes, fué al día siguiente de conocerse en Salamanca la derrota de los fascistas en Belchite... De todas las ignominias, puede sacarse una actitud digna de ciertos elementos de derecha. Fueron los de Lumbrales, que suscribieron un acta, enviada oficialmente a Salamanca, pidiendo la libertad de los elementos socialistas «por haber regido y administrado de una manera magnífica los intereses del Municipio»...

Esto ha ocurrido en las tierras charras, cuartel general hoy de Franco y su cuadrilla de «nacionales» y extranjeros, que, desconfiando de todo y de todos, han llevado para guarnecer la ciudad a batallones integrados por negros de Trípoli, al mando de oficialidad italiana... ¿Responsables directos de todos estos crímenes realizados por los pistoleros?... Nadie lo duda. Todos,

absolutamente todos los desmanes que allí hemos padecido, fueron planeados, organizados y muchas veces ejecutados por el Bloque Agrario Salmantino y la Falange, de la que son jefes el canónigo de Ciudad Rodrigo, Joaquín Román Gallego; el presidente de los Sindicatos Católicos-Agrarios, José María Blanco; el cura de Lumbrales, Manuel Durán; el cura de San Felices de los Gallegos, Almaraz; el cura de Hinojosa, Ramón Hernández; el cura de Bouzas, Carlos Egido, y los párrocos de Martiago y de Robleda. Todos ellos han mandado piquetes de ejecución y se han manchado las manos de sangre inocente. Y junto a estos aristócratas como los marqueses de los Altares y Albaida, y ganaderos como los ya nombrados al comienzo de la información...

Salamanca atraviesa una honda crisis moral y material. El comercio está en ruinas, hay hambre y los propietarios no dan trabajo. No se ve un céntimo. Se vive temblando. He aquí lo que nos declara el último evadido de Salamanca, recientemente llegado a nuestra zona.

## Los católicos y el Estado Español

Por ENRIQUE MORENO

(Continuación)

El que en España sea el pueblo quien encarne el sentir nacional, es un fenómeno que concuerda con el sentido de la Historia. Hay pocos países en cuya literatura, música o pintura está tan presente el pueblo. A él le debemos la conquista del Nuevo Mundo; la resistencia contra Napoleón; él posee las fuerzas que decidirán el porvenir de la Península.

No olvidemos que España sufre una de las mayores crisis de su existencia; era natural que la revolución latente en el siglo XIX alcanzase su madurez al recuperar el pueblo su vitalidad y que lo que no consiguieron los liberales fuera realizado por sus descendientes.

Esta situación es la que hemos vivido durante cien años; a este divorcio entre los sentimientos íntimos de una nación y los que flotan en su superficie, se debe la paradoja de que los «nacionalistas» sean precisamente los enemigos de todo lo nacional. Como las clases sublevadas representan la superficie del país, esperan destruir, en nombre de la forma, la esencia misma de España; e incapaces de hacerlo con ayuda de los moros, han llamado a gentes de fuera para que nos enseñen cómo debe sentir un español.

La propaganda rebelde no puede ocultar que los italianos constituyen el mayor sostén de su ejército; de esto se deduce que no cuentan con demasiados secuaces, exceptuando a los navarros; pero éstos pertenecen a un sector del que no es posible esperar una gran vitalidad (1).

Este divorcio entre la sustancia y la forma, esta lucha entre la fuerza viva del presente y los residuos muertos del pasado, explican el error de los «nacionalistas». Y no hablo del pasado en toda su plenitud, sino del que nos ha precedido más inmediatamente. Porque ni los militares de los «pronunciamientos», ni los obispos rebeldes enfrentándose con el Estado, ni los derviches de la tradición, poseen las características de la España del siglo XVI. Los fantasmas arrancados al siglo XIX, muertos que danzan sobre sus tumbas, marionetas movidas por los dictadores, que aun no comprenden que el valor, el estoicismo y la fidelidad de nuestro pueblo, virtudes renovadas por la presencia de extraños, han hecho fracasar la fácil victoria con que soñaban (2).

Y si consiguieran ahorrarnos nuestra energía, entonces, el resentimiento de todos los españoles, fermentando en el alma de la nación, rompería la frágil corteza de la dictadura, para enseñar al mundo lo que puede la ira de un pueblo. Se equivocan los que imaginan que la sangre de los hombres de honor, el espec-

táculo de las ruinas, el odio de los supervivientes, la sombra de las víctimas, los recuerdos de los que hoy son niños, no han de dar sus frutos en España. Como éstos, se equivocaron también quienes creyeron, en su locura, poder dominar con un puñado de mercenarios.

Frente a este cuadro de desolación, ¡qué huecas suenan las voces de nuestros obispos cuando dicen que los daños provocados por el levantamiento no son mayores que los que éste ha evitado! En su afán de justificar el crimen de los militares, se han vuelto ávidamente hacia esa doctrina de santo Tomás, según la cual una sublevación es lícita si cumple cuatro condiciones. Cuando nos dice que el creyente no debe sublevarse mientras exista la posibilidad de hallar otro remedio, los obispos contestan que no había semejante posibilidad, como si ya hubiesen ensayado el remedio de mejorar las condiciones de las masas (3), y a eso de que la sublevación debe surgir por acuerdo de la mayoría, responden que en este caso concreto ése fué su origen, como si la resistencia de nuestro pueblo no gritara lo contrario. Y ante la exigencia de seguridad o, por lo menos, probabilidad de éxito, contestan orgullosamente que de eso juzgará la Historia, olvidando que es el juicio de Dios el que más debe importar. Finalmente, para justificar los daños traídos por la sublevación, invocan la fantástica sombra de lo que pudo o no pudo ocurrir.

Por suerte, no les incumbe decidir en estas materias, y los que hacen causa con ellos, no integran todo el episcopado español. Libres de elegir entre la sedición y la legalidad, entre la fuerza y el derecho, entre el poder fundado sobre la violencia y el que a través de la multitud recibe su autoridad de la de Dios, entre la lealtad y el perjurio, entre la verdad y la mentira, entre el «nacionalista» y lo nacional, entre la forma y la sustancia, los opresores y los oprimidos, el rico y el pobre, cada uno ha escogido de acuerdo con su propia conciencia.

Es aún pronto para saber hasta qué punto los católicos leales influenciaron a los rebeldes, o qué frutos de su conducta actual recogerán en el porvenir. Uno de ellos es que, al año de guerra, el Gobierno de la República haya tomado medidas para restablecer el culto católico, aunque sólo en forma privada (4), y que, como consecuencia de ellas, el día de la Asunción se hayan celebrado en Madrid cuarenta misas.

Mientras suena la hora de la verdad, en la que todo será juzgado, luchemos, como luchó Don Quijote, por el derecho, la justicia y la ley; por el derecho del pueblo español, atacado por los dictadores; por la justicia negada al proletariado desde hace tanto tiempo, por la ley de la mayoría que los rebeldes no acatan. Y nosotros, católicos leales a la República, luchemos para que no identifiquen el nombre de Dios con los poderosos, para que no se divorcie el catolicismo de la pura esencia del sentir popular, para que llegue el día en que los creyentes podamos hacer valer nuestros derechos, por haber cumplido nuestro deber, neutralizando así el daño hecho por el egoísmo y la blasfemia. Y si Dios permitiera la derrota de los que

padecen sed de justicia, sufriríamos con los sufrimientos de la multitud. Pero, en cambio, si los que ahora se han exaltado hasta el cielo, los que no reconocen los derechos de los españoles, se vieran humillados ante su justicia, entonces cantaremos Su gloria con las palabras que Su Madre pronunció en el Magnificat: «Derribó a los poderosos de sus tronos y exaltó a los humildes.»

«Hartó a los hambrientos y echó a los ricos sin darles nada.»

FIN

(Este trabajo ha sido traducido del inglés para el «Servicio Español de Información».)

(1) «The Times», 26 agosto 1937: «Las fuerzas que han atacado Santander constan de 30.000 hombres, tres divisiones italianas, dos divisiones navarras, dos tabores de Regulares y seis o siete escuadrones de caballería mora y española, al mando del general Dávila.»

«Estas divisiones italianas constan de 50.000 hombres cada una, y aunque las flechas negras incluyen cierta proporción de españoles, el español es rara avis en las otras dos unidades. Los soldados ganan, en España, 5 pesetas diarias, cuatro liras que recibe en Italia la mujer y 1,50 por cada hijo. Todos llevan manuales de conversación española-italiana. El jefe de las «flechas negras» es el general italiano Sandro Piazzoni, y el de las «llamas negras», el general Bischacante. Hay también otro general italiano, Frucci, agregado a la división March, núm. 20.»

(2) Se puede objetar a esto que el Gobierno español también tiene extranjeros a su servicio. Pero basta aclarar estos dos puntos:

a) Cuando el Gobierno de la República no tenía a su servicio ni un solo extranjero, Franco no dudó en trasladar moros a España y aceptar la ayuda de pilotos procedentes de Roma y Berlín.

b) Desde entonces, el general Franco no ha tenido escrúpulo de abrir las puertas del país a las unidades italianas, cuya presencia ha producido tanta preocupación a las Cancillerías europeas; por esto la prensa de Mussolini ha celebrado la toma de Bilbao, Santander y Gijón por los «nacionalistas» como victorias italianas.

(3) Léase St. Thomas Aquino. *De Regimine Principum*, Lib. I, Cap. VI, y *Summa Theologica*, II, II ac., XIII, II. No olvidemos que para santo Tomás una rebelión que no cumple estas condiciones, *mortale peccatum ex suo genere est*. Después de estallar la sublevación, S. S. el Papa, Pío II, publicó la Encíclica *Nos es muy* (28-III-1937) dirigida a los católicos mejicanos, en la que hace suyas estas doctrinas.

(4) «Sunday Times», 8 agosto 1937: «El Gobierno de Valencia ha autorizado al Sr. Irujo, ministro de Justicia, a dar licencias a los sacerdotes y religiosos para que se celebren misas privadas en el territorio leal. El reparto de licencias empezará en seguida. Quedan 14.000 sacerdotes y religiosos en la España republicana.»

«Esta decisión representa el primer paso hacia el restablecimiento del culto católico en España. «El Gobierno legal es partidario de la libertad de cultos», ha declarado el Ministro. El momento no es oportuno para abrir las iglesias, pero el Gobierno ha decidido a autorizar el culto privado.»